

CAPÍTULO XXXV

Los títeres de Don Pedro

Los días de cama bastaron para que D. Pedro se repusiera del susto que le produjo la repentina aparición de Teresa y de la cólera que le dió el atrevido Josesito permitiéndose abrir los cajones de su escritorio y extraer papeles importantes, pero al tercero, comenzó a reflexionar y á avergonzarse del desgraciado momento de cobardía y debilidad que mostró ante sus enemigos. D. Pedro, como habrá podido comprenderse, era de una naturaleza y carácter singulares, más bien de novela que no hecho de la masa común de los mortales. Estaba persuadido que con la fortuna personal y bien adquirida que poseía, le bastaba para tirar, como quien dice, el dinero por la ventana, mientras viviese, y todavía dejaría bastante después de su muerte, y sin embargo por nada de esta vida quería desprenderse de los bienes de Teresa, y aun maquinaba para posesionarse de los de Auro-

D. A. N. L.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

CAPITULO ALFONSO XI

ra. Cuando se miraba al espejo y se acordaba del año remoto en que había nacido, no podía menos de reconocer que era, no sólo insensato, sino estúpido el pretender casarse con una mujer en la flor de su edad y con todo el esplendor de la juventud, y á pesar de este pleno conocimiento, persistía en que Teresa fuese su esposa y se encelaba, no sólo del capitán, sino hasta del primero que pasaba por la calle. Cuando perdía la esperanza de que Teresa fuese suya inclinaba su solicitud á la bella Aurora, cavilando día y noche tratando de lograr su objeto, aunque fuese por los caminos más tortuosos. Además de estas que él creía pasiones tiernas y legítimas, no había día que no buscase pasajeras distracciones con lavanderas, costureras y estanquilleras, y cuando intentaba una conquista sabía que el mejor camino es el que está sembrado de oro, y sabía gastar el dinero, y ya hemos visto que la madre de Celestina no se anduvo corta y colocó bien á su hija, hasta que ésta, buena y desinteresada en el fondo, despreció el dinero y entregó su corazón al bravo Josesito.

D. Pedro era cristiano viejo, retrógrado en política hasta desear el Rey y la Inquisición, y primero se hubiese dejado cortar un pié que faltar á la misa de once del Sagrario y de dejar de rezar el rosario y la estación á las ánimas todas las noches en compañía de sus criados, pero esta piedad y esta devoción reconocían un fondo de egoísmo, un motivo de lucro y una completa seguridad respecto de su suerte en la otra vida. Hermano de divas y de las cofradías, amigo de frailes, curas y canónigos, ligada crítica en sus acciones, sabiendo dominarse y componer su semblante en los lances más críticos, y con fama de santidad, no había persona que no le fiase sus asuntos

de dinero; de modo que su casa era una especie de banco, que competía con el juzgado de capellanías, y de aquí honorarios, comisiones y legados que habían formado su fortuna independientemente de los cuantiosos bienes de la testamentaria de Teresa. Creía á pié juntillas y quizás de buena fe, que el dinero era bastante para comprar la gloria eterna, y cuando cometía una acción de mala ley que no dejaba de repugnar á su propia conciencia, decía para tranquilizarse ¡bah! esto no es nada, y si hay en ello pecado mortal, me confieso, dejo diez mil pesos para misas, cinco mil para responsos y otros cinco mil para huérfanas y dotes de monjas, y si estoy tres semanas en el purgatorio es mucho. Con estas convicciones no tenía dificultad para nada, ni se paraba en nada, de modo que si como tenía esta fuerza moral para obrar, hubiese tenido valor personal, hubiese dejado muy atrás al impávido D. Juan Tenorio, pero el refrán dice muy bien que Dios no da alas á los animales ponzoñosos. D. Pedro era cobarde, nervioso y débil de complexión. Esto hacía que fuese menos malo.

Entrando en este orden de ideas, D. Pedro, recostado en su cama y al tercer día de la cómica escena que hemos referido en el capítulo anterior, decía:

—¡Para qué tantos disgustos y molestias? lo que no tiene remedio mejor es abandonarlo. Ni Teresa, ni Aurora me han de querer. Celestina me ha robado cuanto he podido, y esa junta de pillastres que encabeza el perulario del Josesito me persigue, y ese capitán bilioso y maleta me puede dar un golpe el día menos pensado. ¡Canalla, verdadera canalla! que no quisiera yo que volviese á subir las escaleras de esta casa. Hambrientos miserables que lo que quieren es apoderarse de los bienes

B. A. N. U. I. UNIVERSIDAD DE MADRID

CAPILLA ALFONSO XI

de esas muchachas para tirarlos en el café del Progreso y jugarlos en las temporadas de San Angel; pues bien, que se los roben, ¡qué me importa! entregaré á Teresa sus cuentas y su dinero, dejaré que el padre Martín haga lo que quiera con esa loca de Aurora, y yo quedaré bastante rico y quieto y tranquilo en mi casa dedicando mis últimos días á Dios y á... á... también á las muchachas que no me proporcionen quebraderos de cabeza... al fin no soy casado, á nadie ofendo y bastante sé la opinión de San Gerónimo sobre esta materia delicada.

D. Pedro sacó una pierna flaca de las sábanas, después la otra y se comenzó á vestir, y al meter en el último botón se quedó suspenso y pensativo como diez minutos.

—¡Que tontería!—exclamó tomando su bata.—Devolver esas hermosas y ricas haciendas de San Luis... ¿Entregar las onzas de oro y las talegas de pesos nuevos que están depositadas en casa de Makintosh, desprenderme del manejo de los bienes, y darle gusto á esa redomada canalla, ni por mal pensamiento. Todo el mundo se burlaría de mí, perdería la confianza de las gentes que me honran, sería la burla y el ludibrio de ese Josesito que no hablaría otra cosa en el café... no, no... mil veces no... lucharé... sí, lucharé y además las circunstancias políticas me favorecen mucho. Lo que es necesario es que cambie el gobierno antes de que los americanos vayan ganando á México, porque vendrán. Si ese cambio se hace por mi influencia, yo mandaré, es decir, mandaré parte de lo que me convenga, como nombrar dos ó tres jueces en la cárcel á Josesito, acusándolo de asalto y robo de documentos, hacer que el capitán tenga un duelo ó que lo destierren ó que lo empleen en la guerra

y entonces Teresa caerá humillada á mis piés para pedirme que la proteja, porque no tendrá más que yo... ¡ah! olvidaba al zaragate del Arturo... ya veremos lo que se hace con él, lo que importa es moverse, y esta ley de manos muertas que leí ayer sin mayor interés es hoy un tesoro para mí.

Formemos antes de salir á la calle un plan, pero no de esos planes revolucionarios que vemos á cada momento impresos y que escribe un tinterillo de un pueblo cualquiera y adopta un capitán que ha perdido al juego los fondos de su compañía, como por ejemplo, ese Manuel, sino un plan que esté en mi cabeza, en mi sola cabeza, y que vaya yo transmitiendo á esa multitud de titeres insignificantes que se llaman hombres de gobierno, y á esos otros titeres sagrados que se llaman clérigos que quieren sacar la castaña con la mano del gato... Dios tenga mi lengua, he dicho algo mal de los clérigos y me arrepiento,—continuó murmurando en voz baja, y santiguándose.—¿Qué han de hacer los pobrecitos si no nos dieron para soldados? Ellos tienen sus armas sagradas, y lo que importa es que en esta vez las esgriman y hagan temblar á esos libertinos, que no creen en el infierno, pero que sí temen que los arrastre el día menos pensado el pueblo, ese pueblo eminentemente religioso y bueno, menos cuando se convierte en ladrones que saltan las casas como lo hicieron conmigo, pero... ¿qué diablos de enredos estoy haciendo en mi cabeza? Procedamos con orden. Primero hablar con el provisor y los señores influyentes y excitarlos á que fulminen excomuniones, nieguen la absolución, cierren las iglesias el domingo no haya misas ni en el altar del Perdón, ni en ninguna iglesia, pero estos frailes de Santo Domingo

U. A. N. P.
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

CAPILLA ALFONSO XI

y de San Francisco son muy mentecatos y miedosos, y siempre abrirán las capillas y dirán misas. No importa con sólo que esté cerrada la catedral y el sagrario, las mujeres armarán un escándalo, y seguirán los hombres, y quizá invadirán el Palacio y echarán por el balcón a ese hombre de fierro que no quiere transigir y que es el peor enemigo del clero. Calvino y Lutero eran niños de teta.

En segundo lugar ver á ese hombre de fierro que está en el poder y es mi amigo, sí, mi amigo, y, salvo algunas opiniones yo lo estimo, pero en estos momentos lo que me importa es hacerme de su confianza prestándole algo de dinero. No tiene ni pan que dar á esa turba de desarmados, cargadores y criados sin colocación que está quedando en Palacio y que le llama guardia nacional.

La verdadera guardia nacional es la de polkos, es decir, que tiene hombres que valen. Hay un D. Pedro, torero mío, que es como un león. Si yo tuviera su valor le habría dado cuenta de ese pillastre de Josesito, y de ese bandido capitán, y de ese prostituido Arturo; pero como no hemos de hacer, soy nervioso y no lo puedo remediar, pero sigamos con los artículos de mi plan.

Tercero. Exaltar á ese hombre de fierro, que es muy susceptible para que mande disolver y desarmar á los batallones de polkos.

Cuarto. Advertir á esos batallones de polkos que van á echar á patadas de sus cuarteles ó á mandar á la crucifixión á que se mueran de vómito. Mi amigo, el licenciado C*** hará esto perfectamente, y como no han de dejarse, porque tienen las armas en las manos y no son unos niños, resultará lo que Dios quiera, en eso no me meteré y me lavo las manos, y en esas y las otras,

sito y Arturo, que son de la guardia nacional, pescarán un balazo y solitos se castigarán por su mala vida, sin que yo grave mi conciencia.

Quinto. Dinero, nada puede hacerse sin el dinero, y los clérigos quieren que todo se haga por obra del Espíritu Santo, y no tienen mundo. Lo que importa y urge es que suelten el dinero, y esto es lo más difícil; pero los voy á estrechar y á demostrar que serán hasta degollados si no se deciden á abrir la bolsa.

D. Pedro se frotó las manos, dió dos brinquitos en señal de contento, se paseó por el cuarto meneando las caderas como una coqueta, y llevando después solemnemente la palma de su mano derecha á la frente, dijo en voz alta como si quisiera ser oído:

—Es verdad que Dios no me ha hecho un bruto como ese capitán, y que mis nervios son delicados, pero en compensación ha dado á esta cabeza de aquello con que yo hago los sermones. Ya verán esos pobres diablos que me hicieron á hacerme una indigna farsa á mi casa, lo que yo les espera, y como hago mover mis títeres de tal manera, que por lo menos reciban una buena paliza. Lo que yo querría arrancarles á cualquier costa son las cartas privadas, porque me pueden poner en ridículo con esas cartas, y capaces son de publicarlas... pero... qué estoy diciendo... esas cartas no tienen firma, y hay tantos Pedritos y Pedritos en la ciudad, que quién va á adivinar que soy yo... y ni lo creerían las gentes, porque mi reputación está bien sentada. En cuanto á documentos de importancia, lejos de perjudicarme me honrarán: dotes de religiosas, caridades, beneficios á toda la ciudad, á mi costa, es decir, á la de Teresa, pero eso veremos en la liquidación de cuentas, si es que se llegan á liquidar.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
D. A. N. L.

CAPILLA ALFONSO X

Dios se llevará á la santa gloria ó al infierno tal vez, el deseo, al capitán, al Josesito y al presumido del Artista; Teresa pasará largos años en el purgatorio si yo no dejo ordenado que le digan lo menos veinte mil misas, y lo haré, lo prometo, con tal que Dios se la lleve si es su divina voluntad...

Una criada que entró de puntillas y con mucho miedo, puso en manos de D. Pedro un paquete de cartas.

—¿Por qué has entrado de puntillas y sin hacer ruido? ¿Escuchabas?

—Ni por pienso. Como su merced hablaba recio, creí que conversaba con alguien, pero nada he oído. Aquí están estas cartas y esperan la respuesta.

—¿Qué has hecho subir á esa canalla que no viene más que á pedir dinero todos los días?

—No señor, esperan en el portal y en la calle, y dicen que no se irán hasta que su merced les haya contestado.

—Bien, díles que á la tarde vuelvan, y si no estoy en casa, el portero les dará la contestación. Vete y llama á la cocinera.

D. Pedro comenzó á rasgar los sobres y despegar las obleas con cierta impaciencia, y entre tanto la cocinera, muy respetuosa y con los ojos bajos, se presentó delante de D. Pedro.

—¿Cómo tienes tu despensa?

—Se están acabando las semillas y falta también arroz, y chocolate, y café...

—Bien, bien... compra arroz, y frijoles, y azúcar, cuanto necesites, pero en abundancia, doble cantidad que el mes pasado. Ya sabes, en la tienda de siempre. Vete.

La cocinera salió.

—Quién sabe lo que podrá suceder, y si tendremos sitio y balazos, y no está de más tomar sus precauciones; veamos estas cartas.

D. Pedro recorrió con precipitación las diferentes cartas que había abierto, y las tiraba con cólera en la mesa.

—Lo de siempre: pedidos de dinero. Todos piden prestado y nunca pagan. ¡El coronel Relámpago! Este hombre es inagotable; tira el dinero como si tuviera el capital de D. Gregorio.

Culebrita; otro de la misma madera. ¡Qué hombre! pero no hay que negarles nada en estos momentos en que nos pueden servir.

D. Pedro se sentó en el escritorio y contestó, sin firmar las cartas, sacó unos montoncitos de pesos del cajón de la mesa, llamó al portero y le dió minuciosas instrucciones para que en la tarde entregase á cada uno la respuesta y la cantidad que le designaba. A Relámpago le envió tres onzas de oro.

Acabado este trabajo, tomó su sombrero, su bastón, su caja de polvos, de oro con brillantes, y á pesar de estas contrariedades bajó alegremente las escaleras y montó en su coche, dando las órdenes al lacayo para que fuese deteniendo el carruaje en las casas que le designó.

CAPÍTULO XXXVI

Consejo de familia

La curiosidad de los habitantes de la quinta de San Jacinto era grande, así á buena hora estaban en el salón esperando con impaciencia á Josesito, el cual no tardó mucho en llegar. Venía vestido y perfumado todavía con más esmero que en la memorable noche del baile del teatro de Vergara, en sus ojos se notaba la alegría, y su entusiasmo era tal, que equivocó los nombres al saludar, se tropezó con las sillas y muebles, y dejó caer un grueso paquete que traía debajo del brazo.

—Cálmate, cálmate,—le dijo Arturo,—mira por donde andas, saluda en regla; á mí me has llamado, capitán y á Teresa le has dado el nombre de Florinda. Toma tu paquete, que sin duda contiene lo que le robaste anoche á ese infortunado D. Pedro, siéntate y explícate con tranquilidad, y supongo que la lectura de los documentos te ha producido tal emoción que no aciertas...

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
D. A. N. L.

CAPITOLA ALFONSSINI

—¿Cómo que no acierto,—interrumpió José,—demasiado acerté con vaciar el cajón del escritorio, mientras ustedes estaban asustados, y procurando auxiliar y tranquilizar al viejo, cuando bien saben que para fingir no hay otro como él; pero en cuanto al contenido de estos importantes documentos, lo ignoro, pues lo único que hice en cuanto llegué á mi casa, fué reunirlos y ponerles una doble cubierta con mi sello que tiene su corona ducal; ¿quién me puede impedir que yo tenga un sello con corona y que mis pañuelos de finísimo cambray estén marcados con un escudo encarnado? Muchos conozco que sin ser condes hacen lo mismo.

—¿Pero qué nos importa tu sello con la corona de conde ni la marca de tus pañuelos,—dijo el capitán con impaciencia.—¿Has leído ó no los papeles?

—Eso no, lo repito. Celestina quería que pasáramos la noche registrándolos, porque las mujeres son muy curiosas, pero yo me opuse á ello, y aquí están. Es preciso que todo el batallón, es decir, nosotros estemos reunidos para comenzar, y cuidé muy bien de avisar al padre Anastasio y á Luis Cayetano. Florinda no vendrá porque está algo nerviosa, y ya saben ustedes que á las mujeres les gusta mucho estar enfermas de los nervios, y una vez que logran enfermarse no hay quien las pueda soportar, pero Luis es muy cumplido y no debe tardar.

En efecto, en ese mismo momento se abrió la vidriera y apareció Luis, amable y cortés, pero reposado y grave como si ya fuese un abogado viejo. Saludó con afecto y tomó una silla y formó la rueda.

—Hay una silla vacía, y es la que corresponde al padre Anastasio,—dijo Teresa,—y ojalá no tarde, porque yo les confieso que me muero de impaciencia por conocer

la importancia de nuestro robo, como lo ha calificado muy bien Arturo, y de verdad, y aquí en confianza, les dire que estoy avergonzada. Personas decentes y bien educadas no hacen lo que nosotros hicimos anoche; no se lo que va á pasar, y si nos ocasionará muy graves disgustos semejante locura, una verdadera calaverada, como dicen ustedes.

—No hay que arrepentirse,—interrumpió José;—contra los enemigos todo es lícito, y si algún mal nos viene, lo que no creo, yo soy únicamente el culpable, yo responderé á la justicia ó personalmente á quien quiera reclamarme, sea quien fuere, ¿no tuve miedo cuando me mataron cuarenta bandidos en la plazuela de San Juan de Dios y había de imponerme un verdadero espantajo? ¿qué importa es que venga el padre Anastasio para comenzar.

—Presente,—contestó el padre Anastasio, que habiendo escuchado las últimas palabras de Josesito, entró de puntillas y nadie lo notó sino cuando estaba en la rueda ocupaba el sillón que le tenía reservado Teresa, que era que había dispuesto su salón formando una especie de congreso para que los circunstantes estuviesen cómodos y tranquilos en la importante sesión que podría nada menos que decidir de su suerte y de cuantiosos intereses.

Convinieron en que Josesito funcionaria de secretario, y se acercó una pequeña mesa. El soldado Martín se acercó y colocó en ella una charola con una botella de portu, y sus copas respectivas, y Josesito entonces, con una gravedad mayor que si fuese secretario del Congreso nacional, rompió los sellos ducales del paquete y por la mesa se esparcieron papeles de diferentes formas, tamaños y colores. La sesión comenzó.

Josesito, sin escoger, tomaba al acaso los papeles y recorría con la vista y daba cuenta:

—Listas de las novenas que tendré que rezar durante el año.

—¡Viejo hipócrita!—exclamaron en coro los asistentes.

—Listas de ropa entregada á la lavandera. Cuentas de sastre...

—Veamos lo que está en papel sellado,—dijo Luis Cayetano.

—Es verdad, tiene razón Luis,—contestó Josesito, tomó un cuaderno de algunas fojas y brevemente lo recorrió con la vista.

—Esta es la copia simple de una escritura de donación de un terreno contiguo al Hospital de San Lázaro, á beneficio de los enfermos y en nombre de Teresa.

—Vaya, me alegro mucho y la apruebo. ¡Ojalá que estuviese empleado una parte de mi dinero!

—Otra escritura,—continuó Josesito,—imponiendo un capital de tres mil pesos sobre una casa de la Plaza del Carmen, de San Angel, para dote de la Madre de Patrocinio, monja de Santa Clara, en nombre de Teresa.

—Nunca me ha dicho mi tutor que hacía semejantes beneficios, pero pase, lo apruebo también.

—Otra idem,—prosiguió Josesito,—y otra, y otras más á favor de diversas monjas, todas en nombre de Teresa.

—Ya son quince mil pesos,—dijo con mucha calma Luis Cayetano.

—Esta más larga,—dijo Josesito después de un cuarto de hora de examen,—es una fundación piadosa en nombre de Teresa, muy complicada; misas, sermón, fune-

rosal en la capilla del Rosario, cohetes é iluminaciones en la noche durante la novena, y...

—Al grano,—interrumpió Luis,—¿cuánto importa?

Josesito buscaba y no acertaba á descifrar el embolismo de frases y de cláusulas que acostumbran los escribanos en documentos de esa clase.

—Dame acá, José,—prosiguió Luis,—yo soy más práctico en estos negocios, y me ocuparé de los documentos que estén en papel sellado.

Josesito clasificó los papeles y los entregó á Luis; todos querían hablar é interrumpir; pero éste les dijo:

—Les ruego que tengan un poco de paciencia y guarden silencio y les daré en extracto cuenta de la sustancia, es decir, del dinero que importen las obligaciones convalidadas.

Hubo en el Congreso un profundo silencio; Luis sacó su cartera y su lápiz, y con un despejo que se reconocía desde luego, comenzó á ojear las escrituras, y hacer sus apuntes. A cabo de media hora, devolviendo los papeles Josesito dijo:

—Estoy listo, van ustedes á oír:
La escritura que comenzó á leer José es la fundación de una obra pía, que se reduce á funciones á diversos efectos, procesiones, misas cantadas y sermones, cada uno se pagará á una onza de oro, y las misas cantadas á ocho pesos á cada padre, las misas rezadas por el padre de D. Pedro á razón de dos pesos. El capital es de treinta y cinco mil pesos impuesto sobre la hacienda de la Saucedá, mejor dicho, la hacienda de Saucedá de D. Pedro, que pagará tres mil pesos cada año, y en caso de que por algún motivo se dejare de cumplir dos años seguidos, los frailes dominicos tendrían derecho de exigir el

U. A. N. L.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

CAPILLA ALFONSI

capital y embargar la hacienda si no se verifica el pago, vendiéndose desde luego el inmueble. Las demás escrituras son de menor importancia. Dotes para huérfanos, el Hospicio, la Cuna, el Hospital de San Andrés, todo está considerado. En resumen: importa todo cosa ochenta y cinco mil pesos, con hipoteca repartida en las haciendas y las casas de México y San Luis Potosí.

Una general exclamación de indignación resonó en el gran salón de la quinta. El capitán, Arturo, Josesito, aún el mismo padre Anastasio se levantaron de sus asientos, como buscando en los rincones, en el techo, por todas partes algún D. Pedro á quien ahogar y primir entre sus brazos. Sólo Luis permanecía tranquilo y como indiferente.

—Esto se llama hacer caravanas con sombrero negro,—dijo Josesito.

—Esto es querer ganar el cielo con dinero ajeno,—dijo modesta y sentenciosamente el padre Anastasio.—¡D. Pedro! La bienaventuranza no se gana ni con el dinero ajeno ni con el propio, sino con las buenas obras.

—Esto en castellano se llama robar con la más perfecta impunidad. Los ladrones de Río Frío siquiera exponen su vida. ¿Por quién están firmadas las escrituras?

—Todas por Teresa; después de su mayor edad, como nosotros, y los documentos presentan un carácter de legalidad indiscutible,—contestó Luis.

Teresa misma parecía triste y abatida, y pensaba en su interior que sus bienes estarían así comprometidos, que poco ó nada le quedaría, dijo dirigiéndose á Luis.

—Es verdad, yo he firmado muchas escrituras, recibos, cuentas; qué sé yo, sin saber de nada

entregada á este hombre á quien creía honrado; nunca miré los papeles, ni preguntaba el contenido, y aun cuando lo hubiera hecho, me habría engañado. Las mujeres de México no servimos para eso, pero sea lo que fuere, Luis, yo desearía saber cuánto me queda.

—No lo podré decir con exactitud,—contestó Luis,—pero según los datos que he adquirido, y si no aparecen otros empeños y donaciones, quedará muy bien medio millón de duros.

El Congreso respiró, volvieron los colores á las fisonomías pálidas y descoloridas por la indignación, y Josesito, abandonando su sillón de secretario, se puso á bailar y á saltar como un chicuelo.

—Estoy tranquila,—dijo Teresa.—Si las donaciones importan una verdadera caridad, las confirmaré, mejor dicho, se seguirá cumpliendo con ellas, mas si acaso...

—Mi opinión,—le interrumpió Luis,—es que todas deben revocarse y cancelar las hipotecas para que las haciendas y casas queden libres, pues tenemos tiempo de pensar en esto. Para acabar de tranquilizar á esta reunión y volver la calma y hasta la alegría que necesitamos para defendernos, antes de continuar el examen de los papeles que faltan, les voy á dar una buena noticia.

—¿Cuál, cuál? pronto,—dijo el congreso en coro.

—Mi padre ha sido nombrado juez de lo civil.

Los autos de los asuntos de Teresa y de Aurora están radicados en su juzgado, y debemos estar seguros de obtener justicia, reconocida como es la honradez del juez y sus profundos conocimientos en la legislación española y mexicana. El juez anterior no hacía más que la voluntad de D. Pedro, el cual se llevaba expedientes á su casa, y dictaba á su gusto los trámites y las sentencias.

D. A. N. L.
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

CAPILLA ALFONSIANA

—Pero esto no es creible,—dijo el capitán.

—Si no me constara, á buen seguro que lo diría, y ahora mismo lo hago con la más estricta reserva. Los hombres de mi profesión tenemos que cerrar los ojos y no malquistarnos jamás con los jueces y con los escribanos, es pleito perdido. No había impuesto á ustedes de la situación de las cosas, porque habría sido afligido inútilmente, ahora es distinto, pues ha llegado el momento de obrar, no sólo por el encargo que ustedes me han confiado, sino por los intereses de Florinda y mía.

—Pero ¿cómo es posible que pasen esas cosas?—preguntó asombrado Arturo.

—De la manera más sencilla. D. Pedro tiene abierta su bolsa, y con el dinero ajeno que maneja hace serenos á los que á su vez pueden servirle.

—No sé nada de política ni de asuntos,—dijo tímidamente Teresa,—pero me parece que el gobierno debería intervenir.

—Muchas cosas tiene el gobierno de qué ocuparse. Teresita,—le respondió Luis,—y mucho más ahora que no tiene un peso la Tesorería General y la guerra exterior está ya en esta desgraciada República. Estoy mirando venir una horrorosa tempestad, y es necesario aprovechar los momentos. Santa Anna parece que ha salido ya de San Luis, y el general americano Taylor, de Matamoros; pronto se encontrarán las dos fuerzas, y yo sé que sabe qué suerte correremos.

—Venceremos sin remedio,—dijo Josesito,—no lo que dudarle, pero si á ustedes les parece acabaremos el registro de los papeles é iremos, mediante la bondad de la encantadora Teresa, á sentarnos á la mesa, porque para decir verdad, estoy mirando ya visiones y es de la

bre que tengo; me he levantado á las cinco de la mañana y apenas tomé una taza de café con leche; al salir á las ocho un pastelito, y á cosa de las diez cuatro sandwiches en el café, y dos copas de jerez, no veo ya, y mi estómago se junta con el espinazo.

—Vamos á continuar, que el almuerzo no se hará esperar,—advirtió Teresa, y los demás rieron é hicieron los indispensables comentarios acerca de la poderosa acción del estómago del simpático marido de Celestina.

—Afortunadamente nada hay ya de papel sellado, y lo que nos resta son las cartas.

—Quizá de esto saquemos más fruto que de lo ya conocido,—dijo el capitán.

Josesito, entre la multitud de cartas que estaban en desorden, tomó la que estaba más cerca de su mano y la reconoció con la vista.

—¡Cáspita!—exclamó levantándose de la silla.—Esto es historia. Atención. Creo que nos vamos á divertir. Oigan ustedes:

«Querido y amartelado Pedrito: Haller te fuites sin dejarme lamanesca de modo y manera que lamaanana no tenía ni carbón Fue menester yebar las naguas de castor que me comprates a casa de D. Elifonso el prendero de la binatería que me emprestó sinco riales ya ves negrito como me pones en verguenza. mandame ciete pesos para sacar mis prendas de encase los gachupines que ya se cumplieron y lo del cacero que dije aller que le debíamos el mes sera megor que me mudes auna de tus casas, que para cuatro *tiliches* que tengo en un pestañar me mudo Desde mañana domingo me voy a Santa Anita con mi compadre Agapito pero no tengas cuidao pus na-

D. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

CAPILLA ALFONSO

dita me susederá pero ben en la noche que llastaré zaña, ven negrito y no seas mesquino con tu Rita que lama hasta la eternidad. Quien tu sabes.»

—Ni por donde desecharlo,—dijo sonriendo el padre Anastasio.

—No mira pelo ni tamaño este pícaro viejo,—interrumpió Arturo.

—Y lo mismo que las caridades, estos gastos son sin duda del dinero de Teresita,—dijo Josesito,—pero aquí tengo otra en la mano que es de letra de mujer.

«Señor Don Pedro.

«Cabayero: Lla pasa de castaño auscuro lo que usted ase con nosotros Ase un mes que nos prometió conseguirnos un estanquillo del estanco y ni poresas Lla es mucho engañar y ancí quiere que le deje solo con Lugarda. Es una niña probe es berdá pero con muchísima onrra. Usted señor nos quiere ultragar con lestanquillo y eso no deve cer uste pone uste á Lugarda en lestanquillo o lo aviso a mi ermano que no aguanta pulgas y ya be uste que no se handa con chicas. Mientras mandeme el dador beinte pesos en oro que los nesecito mucho no se burle de la jente por que no es rrica como usted. Yo espero que vendra uste mañana con lestanquillo en la mano y Lugarda entonces saldrá mientras no salga ni uste entrara, pero mandeme siempre los beinte duros sino ira mi ermano por ellos. Conque adios.»

—Es increíble si no lo viésemos. Quizá defende D. Pedro el cajón del escritorio, más por sus cartas particulares que por las escrituras públicas,—dijo Teresa

Josesito entre tanto había registrado las cartas que aun quedaban, y se metió algunas en el bolsillo, y procurando disimular llamó la atención del Congreso, que reía con los disparates de las mujeres con quienes mantenía relaciones el tutor diciendo:

—Aquí encuentro otras de un género diverso.

Las cartas que se guardó José eran de la madre de Celestina, tal vez por el estilo de las que acababa de leer.

—Veamos, veamos,—exclamaron todos á una voz.

«Hermanito: Como usted me lo encargó, di á nuestra reverenda madre superiora el recado, y le fueron entregados los sacos de frijol y lentejas que usted remitió como limosna para la comunidad.

«Nuestra reverenda madre me ha mandado que dé á usted las gracias, y le añada que Nuestro Señor Jesucristo y su Santísima Madre premiará en el cielo la caridad que hace á este convento. Nuestra madre ha ordenado que la comunidad tenga el lunes una hora más de oración mental, y el martes una hora de disciplina, y todas roguemos á su Divina Majestad que lleve á usted á la gloria sin que pase por el purgatorio una alma tan buena y tan caritativa como la de usted. Dios y la Santísima Virgen acompañen á nuestro hermanito, y yo quedo rogándole lo conserve todavía muchos años para bien de las pobres capuchinas. Sor Teresa del Corazón de Jesús.»

—Verdaderamente,—dijo el padre Anastasio,—este D. Pedro tiene un pié en la gloria y otro en el infierno.

—Allí debía de estar hace años,—le contestó el capitán.

—Aquí tenemos otra que parece interesante.

U. S. A. N. Y. L. I.
 UNIVERSIDAD
 DE CALIFORNIA

CAPILLA ALFONSO
 DE BORBON

«Mi respetable Sr. amigo y D. Pedro:

Ya sabe usted como nos tiene el gobierno. En tres meses hemos recibido una cuarta parte de paga. Así no puede haber administración de justicia ni puede exigirse trabajo asiduo y honradez acrisolada en los funcionarios. Mi señora está en cama hace ocho días, uno de mis hijos tiene viruelas y el otro carece de calzado para ir á la escuela. Hágame usted favor de prestarme trescientos pesos que le pagaré religiosamente con la mitad de los pro-rateos ó cuando se establezca el fondo judicial que ya ha proyectado.

Espera de usted este servicio su atento afectísimo y S. S.»

—No tiene firma la carta.

—Dámela,—dijo Luis, el cual, examinándola y dirigiéndose á la concurrencia continuó:—Ya ven ustedes comprobado lo que acabo de decirles. Esta carta es de un abogado de mucho influjo en los tribunales, sólo que la firmó ni la escribió por no comprometerse, pero la conozco mucho, es de su escribiente. Es un documento precioso para mí, y me permitirán que me quede con ella.

—Y con todos los papeles,—añadió el capitán Mantecado.—Tú eres nuestro agente y nuestro abogado, y Juan Bolaños el administrador; deben quedar así, bajo la custodia de ustedes. ¿Hay otra cosa más?

—Si en verdad,—respondió José,—pero estas cartas no son para leerlas delante de ninguna señora.

—Si es así, ninguna curiosidad tengo,—dijo Teresa.—Si algo importante contienen ya me lo dirán.

Martín asomó su franca y morena figura por la puerta

principal, y poniéndose la mano en la frente anunció á su capitán que el almuerzo estaba servido.

El congreso terminó su sesión, el secretario entregó los papeles á Luis, y todos de buen talante y alegres, más con las seguridades que les había dado Luis que con la lectura de la importante correspondencia de D. Pedro, se dirigieron al comedor, donde los esperaba un espléndido y sabroso almuerzo.

A la hora del café, Luis puso en conocimiento de la amable sociedad, creyéndola de vena y dispuesta, un negocio que, según dijo con mucha timidez, se había permitido hacer sin consultarlo previamente.

—La casualidad,—les dijo,—me proporcionó hablar con el licenciado Y***, y de una en otra cosa vinimos á dar en la política. Uno de sus clientes, demasiado asustadizo, ve muy mal las cosas públicas, cree que van á suceder mil desastres y quiere vender precisamente esta finca, que le costó veinticinco mil pesos. Entre chanzas y veras ofreci diez mil pesos, seis al contado, y cuatro con plazo de siete años. El licenciado Y*** se formalizó, y creyendo yo que hacía un magnífico negocio, lo que dije de chanzas lo afirmé de veras, y en diez minutos quedó concluído el trato, y el notario se ocupa de hacer la escritura.

—¡Bravo! ¿Con que eres ya dueño de la quinta? Seguramente vas á duplicarnos la renta ó á ponernos de patitas en la calle.

—Nada de eso; la dueña es Teresa, y á su favor he dispuesto que se tire la escritura. Nada tendrá que escribir; los seis mil pesos yo los entregaré y los dejaré á reconocer con el plazo de siete años. Esa suma forma la mayor parte de mis economías. No hallo que hacer con el dinero y como el vendedor de la quinta, tengo poca con-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.
MAY 1911

CAPILLA ALFONSO

fianza en el porvenir. Si Teresa aprueba, me hará un verdadero favor y no tendrá que preocuparse por un alojamiento mientras terminamos sus negocios. Todavía he hecho más. Mañana mismo vendrán carpinteros, albañiles y pintores, para hacer brevemente las reparaciones más necesarias, al mismo tiempo que algunos muebles reemplacen los que ya tienen un aire de vejez y huelen á humedad. Ya ven ustedes que soy lo que puede llamarse un atrevido, y necesito, no sólo el perdón, sino que se apruebe enteramente mi conducta por unanimidad. Un solo voto en contra me obligaría á deshacer, caso de ser posible, el negocio, ó á cargar con él, bien que ni Florinda ni yo podamos permitirnos el lujo de una casa de campo.

En contestación todos se levantaron de sus asientos, y con estrepitosas palmadas aprobaron la conducta del que ya consideraban como un abogado de importancia, no obstante su poca edad.

—Lo tengo dicho mil veces,—casi gritó Manuel para hacerse escuchar de las voces que á un tiempo hablaban dirigiéndose á Luis, según cada uno concebía sus ideas,—lo tengo dicho; el dinero que tengo está á disposición de todos, permitiéndolo Teresa, que es la verdadera dueña; así, no sólo apruebo la magnífica compra hecha por Luis, sino que le encargo que vea á su amigo el licenciado para que el vendedor reciba sus cuatro mil pesos y no quedemos á deber más que á Luis, á quien pagaremos sus réditos con puntualidad; las cuentas de composuras y muebles las pagaré, si Teresa lo aprueba, en el momento que sean presentadas.

Teresa aprobó con una dulce mirada dirigida de preferencia al capitán, dejando un resto para Luis, y cada

uno comenzó á discurrir sobre las reformas y reparaciones que debían ejecutarse, y la clase y calidad de los muebles que se necesitaban para que el conjunto presentase un aspecto un poco europeo, y un poco semejante á las casas de campo inglesas y á los mentados castillos de Francia. El voto de Arturo se estimó como decisivo y se resolvió por unanimidad que ayudase á Luis, y que entre los dos amigos participasen de la gloria ó sufriesen las críticas si no quedaban bien.

—No hay que pararse en dinero,—volvió á decir el capitán.

—Se hará todo con gusto y economía,—contestaron los dos improvisados arquitectos.

—Me ocurre una idea,—dijo José,—que será el complemento, ó, mejor dicho, dará mérito al negocio que ha hecho Luis. Allá cuando era muy niño, recuerdo que mi madre se entretenía en las noches en leernos un libro escrito por una autora francesa madame Collin ó Gervin, lo mismo da; el caso es que se llamaba *Las Veladas de la Quinta*, pues que tenemos quinta, es decir, pues que la interesante Teresita tiene quinta...

—Cuidado con florear mucho los discursos, caballero José, pues el día que se me atucen los bigotes...—dijo el capitán fingiéndose el enojado.

—No hay cuidado, ya saben todos ustedes cuanto amo á Celestina...

—Y ella,—interrumpió Teresa fingiéndose también enojada,—es mejor que yo, que no soy digna de que el besito ponga en mí sus negros ojos.

—Vaya, Teresita, ¿quiere usted estar de broma conmigo? me alegro mucho, eso indica su buen humor, y me va entrando en un período de felicidad que bien me

rece, y es para mí tan importante esto, que no dudaría si fuese necesario sacrificar mi bienestar y el de Celestina.

Esta galantería, dicha con una expresión de verdad, y aun de ternura, dió fin á las chanzonetas, y Manuel y Teresa no pudieron menos sino elogiar la buena índole y el franco corazón del insustancial Josesito.

—Pero me dejarán concluir,—continuó Josesito,—á un grillo se le escucha.

—Bueno, bueno, que hable,—dijeron todos,—ya guardamos silencio.

—Pues decía que, supuesto que tenemos quinta, tendremos también veladas. Aquí nos reuniremos todas las tardes, cuando hayamos concluido nuestros respectivos negocios, y nos retiraremos á las ocho ó nueve de la noche, antes de que cierren la garita.

—O se quedarán si cierran la garita, ó llueve, ó hay peligro de ladrones,—dijo Teresa.

Al oír la palabra ladrones, Josesito se estremeció, recordando su aventura de la plazuela de San Juan de Dios, pero se repuso inmediatamente, y retorciéndose el bigote y meneando las caderas con un aire marcial repuso:

—¡Bah! de ladrones no me ocupo; por de pronto, todo este rumbo está seguro, pero aun cuando fuese una cuadrilla entera no me importaría...

Teresa sonrió al disimulo y continuó:

—Apruebo la idea de José, con la condición que vendrán Celestina y Florinda; que el padre Anastasio dejará su celda de la Profesa por algunos días, y que se notificará á Juan Bolao que de pronto no vaya tan á menudo á las haciendas, y nos haga compañía, y...

—¡Viva! ¡viva Teresa!—interrumpió Josesito sin dejarla proseguir,—ha comprendido mi idea. Contaremos lo que nos pase personalmente á cada uno; hablaremos de la guerra y de la paz, de la política, de cuanto se nos ocurra; combinaremos los medios de defendernos de D. Pedro y cómplices, se tocará el piano, se cantará, se bailará y Teresita nos dará chocolate, ó té, ó café, ó dulces y frutas, lo que quiera, con tal que esté complacida y contenta, pues todo es por ella y para ella.

Un estrepitoso ruido de palmadas, comenzando por Teresa, celebró esta última galantería de Josesito, y todos se separaron prometiendo dar sus disposiciones y concurrir á las veladas.

—Ultimo favor,—dijo Josesito al despedirse,—deseo que se me encarguen las diligencias para el matrimonio; están comenzadas, pero no concluidas.

Teresa y Manuel se miraron amorosamente. José había roto con solo una palabra un pequeño trozo de hielo que la desconfianza, fatalmente común en la naturaleza humana, se había momentáneamente adherido á sus amantes corazones.

—Las diligencias matrimoniales estaban concluidas,—dijo Manuel á Teresa,—y sólo la enfermedad repentina del cura impidió la celebración de nuestro enlace, pero nuevamente se ha suscitado una dificultad que no había querido decirte, Teresa mía, por no afligirte, ó mejor dicho, dos dificultades.

—Será, por ejemplo, que tú hayas pensado con madurez que...

—¿Qué quieres que piense?... en nada más que en amarte cada día más, pero todas las mujeres son tan susceptibles, que una sola palabra basta para que for-

men sospechas y cavilen en cosas que ni existen. Yo espero, Teresa,—continuó un poco formal,—que, ni por mal pensamiento, entrará en tu cabeza una sospecha injuriosa, porque entonces...

—¿Entonces qué, Manuel? ¿Es una amenaza? Ya en otra conversación has dicho una palabra semejante que me ha llegado al corazón...

—¿Me van á permitir,—gritó Josesito sin dejar acabar á Teresa,—que les diga que son unos niños. Sin decirles que son viejos, tengo menos edad que ustedes, y entre Celestina y yo no pasan cosas semejantes. ¿Por qué ese enojo, por qué esa desagradable conversación con puntos suspensivos? Esto es lo que los franceses llaman *mal entendido*, porque les participaré que continúo con tesón mi estudio de francés, que por las noches antes de acostarme enseñé á Celestina, y eso me sirve de ejercicio, y me dedico en la mañana muy temprano al inglés. Ya vienen esos diablos de yanques, y es necesario, por lo menos, entenderles su lengua, y así saldrá uno de quien sabe cuántos malos pasos que pueden venirnos, pero me estoy divagando. Oiremos á Manuel, que nos diga cuáles son las dificultades y las venceremos. Esto es todo, y no hay motivo, ni para entristecerse, ni para poner esas caras.

La rápida charla de Josesito, aprovechando la oportunidad para que supieran sus amigos los progresos que hacía en los idiomas, impusieron un silencio forzado á los dos amantes y dió lugar á que reflexionaran; sino, sabe Dios si en ese momento hubiesen terminado sus relaciones y con ellas el proyecto de las veladas, y forzosa-mente esta verídica historia habría también tomado otro giro y distinto desenlace, pero afortunadamente no hubo nada.

—Vas á oír, Teresa,—dijo el capitán con calma y afluente voz,—cuáles son las dificultades. En primer lugar me faltaba la licencia del Gobierno. Ni eso, ni mi licencia absoluta he podido conseguir, y en estos momentos en que amenaza una guerra no quiero insistir; pero la licencia para casarme la obtendré. En segundo lugar, las amonestaciones estaban dispensadas, pero una vez que el matrimonio no pudo verificarse el día señalado, el provisor exige que se lean en el Sagrario, y como es sabido, tendremos que esperar tres semanas, y no sé por qué creo que esta es una de las pequeñas intrigas y malandanzas de D. Pedro, mientras nos puede hacer otras mayores.

—No es más que eso?—dijo Teresa muy contenta como si un gran peso se le hubiese quitado del corazón.

—No hay ninguna otra cosa,—contestó Manuel.

—Pues hijo querido,—le respondió Teresa mirándolo seriamente,—nadie nos corre, aquí estamos juntos y en familia; si las gentes murmuran, no hay que hacerles caso teniendo la cara limpia y la conciencia lo mismo.

—Bien dicho! ¡soberbio!—interrumpió Josesito;—eso es tener mundo y filosofía. Lo mismo digo yo á Celestina cuando teme que nos saquen las historias de ese viejo D. Pedro, pero vaya... ahora es menester que se den un abrazo y que no vuelvan las siniestras interpretaciones.

Teresa presentó su frente á Manuel, y éste imprimió en ella un amoroso beso.

—Así, bravo, bravo!—exclamó Josesito.—Yo aconsejaré á Celestina á que haga como Teresita, porque

es muy aristocrático un beso en la frente, aunque yo, como su marido, la puedo besar en todas partes.

—Voy al Ministerio de la Guerra, y hoy mismo tendré mi licencia de casamiento. No saldré de allí sin obtenerla, y si no vengo á la hora regular no hay que extrañararlo.

—Y yo veré al padre Anastasio, y estoy seguro que allanará lo de las amonestaciones. Siempre es feo oírse pregonar en la Iglesia,—añadió Josesito.

El capitán y su amigo José estrecharon la mano de Teresa, y, montando en el carruaje, salieron de la quinta con dirección á México, para desempeñar cada cual los urgentes negocios de los cuales dependía el buen éxito de las «Veladas de la Quinta.»

CAPÍTULO XXXVII

Altos personajes

El mundo es curioso, y mucho más curioso el mundo de México, donde las cosas más graves y más serias pasan al estado de chanza á la hora menos pensada, y donde los más eminentes peligros, sin fanfarronada ni quijotismo, se ven con indiferencia, y pronto tendremos motivo de comprobar ésta, que puede pasar por verdad indiscutible.

Mientras un hombre tímido y previsor vende su propiedad, Luis la compra sin autorización de la persona á quien va á pertenecer; mientras unos piensan en tapices y artesanos para su lujo y comodidad, los jueces y magistrados, faltándoles hasta para pagar una miserable casa, prevarican y venden la justicia en contra de los intereses de los mismos que gastan su poco dinero en el ocio, mientras advenedizos extranjeros, en consorcio y sociedad con ricos y aristócratas mexicanos, hacen su